verdura y por los alrededores/lirios blancos, verbenas y adormideras comestibles,/ se hacía la ilusión de igualar las riquezas de los reyes, y al regresar a casa,/ bien entrada la noche, llenaba sus mesas con manjares no comprados./ Era el primero en coger la rosa en primavera y en otoño las frutas./ [135] *Cuando el triste invierno todavía reventaba de frío/ las rocas y frenaba con el hielo el curso de las aguas,/ él recortaba ya las hojas del blando jacinto,/ maldiciendo el retraso del verano y la tardanza de los céfiros./ Así que era también el primero en abundar en abejas productivas,/* [140] *en número de enjambres y en sacar la miel espumosa/de los panales escurridos. Tenía tilos y pinos riquísimos,/ y todos los frutos con que se había cubierto el fértil árbol con la flor/ nueva los tenía igualmente maduros en otoño./ Él también transfirió a las hileras olmos crecidos,* [145] *el peral bien duro, endrinos que echaban ya prunas/ y el plátano, que ya proporcionaba sombra a los bebedores:/ mas yo, imposibilitado por el espacio de que dispongo,/ sigo adelante, y dejo este tema a otros para que lo traten después de mí.*

FILOSOFÍA

DEL ESCEPTICISMO HELENÍSTICO AL ESCEPTICISMO ACTUAL: LA CHARLATANERÍA

Por

Isabel Aísa

Profesora titular de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla

La etapa helenística, en la Grecia antigua, constituye un período de derrumbe tras las etapas anteriores, en las que desde el punto de vista filosófico alumbraron genios del pensamiento como Anaximandro, Parménides, Platón o Aristóteles. Con sólo constatar las corrientes filosóficas que nacen en dicha etapa, advertimos ya la profunda crisis que las inspira. El *epicureismo* se orienta al placer, el *estoicismo* y el *escepticismo* a la serenidad del ánimo o ataraxia. El malestar que acontece a todos los niveles parece impedir elevadas metas de conocimiento o voluntad, y precipitar a las escuelas filosóficas hacia el mero pero básico bienestar.

El escepticismo se posiciona de manera ambigua o negativa ante la verdad: nada es más verdadero que falso, o la verdad no se ha encontrado ni se encontrará jamás. Son dos posturas muy diferentes, dos formas de escepticismo.

Aunque durante la Edad Media el escepticismo pasará desapercibido prácticamente, en el Renacimiento aflorará con fuerza suficiente para permanecer en distintas versiones hasta nuestros días. Los *Ensayos* de Montaigne, el problema religioso de la Reforma, las filosofías que, sin ser escépticas, tuvieron presentes la duda y la crítica y desembocaron en la convicción del límite cognoscitivo, como en los casos de Descartes y Kant, hasta llegar a uno de los pensadores escépticos más populares: E. M. Cioran, en el siglo xx.

Hoy padecemos una crisis generalizada y global: los problemas económicos, políticos, sociales, éticos, ecológicos... pueden considerarse universales. De manera similar a lo ocurrido en la etapa helenística, el escepticismo ha cobrado fuerza; en su forma más dañina o, tal vez, transformado en algo distinto y peor, que es *la charlatanería*.

De Pirrón a E. M. Cioran

Aunque la natural tendencia a simplificar nos pueda conducir a considerar que escéptico es el que niega la posibilidad de alcanzar la verdad, lo cierto es que el primer escéptico no negaba ni afirmaba la verdad, sino que se abstenía al respecto. El fundador del escepticismo fue Pirrón, en el siglo iv a. C., y su lema, secundado por los denominados «pirrónicos», afirma que «Nada es más»: nada es, por ejemplo, más verdadero que falso. Tampoco debemos caer en la fácil crítica de que «Nada es más» no deja de ser una afirmación con pretensiones de verdad, pues hay que advertir que para Pirrón ni siquiera «Nada es más» es más. Así de radical nace el escepticismo en la Grecia antigua, por lo que teóricamente es inmune a la crítica en términos de contradicción.

La personalidad de Pirrón tiene cierto paralelismo con la de Sócrates: salvo un poema dedicado a Alejandro Magno, no escribió nada, divulgó sus enseñanzas oralmente, y si las conocemos es gracias a su discípulo Timón. De joven visitó distintas escuelas filosóficas, pero lo que marcaría un hito en su vida fue el acompañar a Alejandro en sus conquistas por Oriente. Allí contactó con formas de sabiduría oriental, que le llevaron a su definitivo pensar y hacer cuando regresa a Grecia.

Pirrón, a diferencia de los estoicos y epicúreos, sostiene un *fenomenismo*. Por ejemplo, afirma que si bien la miel «parece» dulce, hemos de preguntarnos si ella es «realmente» dulce. Resulta sorprendente constatar que el fenomenismo triunfaría sólo con Kant en el siglo xviii, aunque ya en Descartes esté anunciado. Si algo caracteriza la filosofía de Kant es su distinción entre fenómeno y noúmeno o cosa en sí: conocemos únicamente fenómenos, es decir, conocemos las cosas pero sólo según se muestran a nuestra subjetividad, que las tamiza (formaliza) de acuerdo a sus propios *a prioris* o condiciones universales de cognoscibilidad.

Entre los seguidores de Pirrón, destacan Enesidemo en el siglo i a. C. y Sexto Empírico, que vive entre el siglo i y ii d. C. La gran contribución de Enesidemo fue su crítica a la noción de causalidad, muchos siglos antes de la de Hume, que tanta repercusión tendría en el pensamiento de Kant. En cuanto a Sexto Empírico, quizás carezca de la genialidad de Enesidemo; sin embargo, a partir del Renacimiento llegaría a adquirir tanta fama, que hubo quien le consideró padre de la Modernidad, honor que finalmente recayó en Descartes, como sabemos. La fama de Sexto tuvo mucho que ver con la lectura de los *Esbozos pirrónicos* que hiciera Montaigne, y su profunda influencia en los *Ensayos* de este último. Dicha fama llegaría a evaporarse, transformada incluso en cierto menosprecio. Pensamos que, como mínimo, Sexto supo exponer el escepticismo con tanto acierto y rigor, que sus *Esbozos* son de lectura obligada. Valga como ejemplo la definición que nos da en el libro I: ««Y el escepticismo es la capacidad de establecer antítesis en los fenómenos y en las consideraciones teóricas, según cualquiera de los *tropos*; gracias a la cual nos encaminamos –en virtud de la equivalencia entre las cosas y proposiciones contrapuestas– primero hacia la suspensión del juicio y después hacia la ataraxia» (pp. 53-54). En esta definición se traza nítidamente el proceso escéptico:

Pirron en la mar embravecida, Petrarca-Meister. (s. xvi). Alte Pinakotheke (Múnich).
«Mientras sus compañeros de navegación estaban despavoridos por la tempestad, él, muy sereno, reavivó el ánimo mostrándoles un cerdito que comía a bordo del barco, y diciéndoles que el sabio debía erguirse con una imperturbabilidad semejante».

tropos-suspensión del juicio-ataraxia. Los tropos son consideraciones que conducen a aquella ambigüedad propia del escepticismo más radical, a la que antes nos referimos. Un sencillo ejemplo: el mismo barco visto en la lejanía o de cerca parece pequeño o grande, respectivamente; ¿es pequeño o es grande? A la suspensión del juicio o no pronunciamiento llegamos en virtud de los tropos, y con ella alcanzamos esa serenidad de ánimo tan escasa en épocas de penuria y tan necesaria.

El escepticismo de Pirrón y de los pirrónicos no es el único de la Antigüedad. En la Academia platónica llega a acontecer una revolución intelectual, que conduciría a la negación de la verdad: la verdad no se ha encontrado ni se encontrará jamás, defienden los escépticos académicos. Hay que reparar que en este caso no hay suspensión del juicio, como en el anterior, sino explícita negación. Con Arcesilao en la dirección de la Academia en el siglo iii a. C., comienza el giro antidogmático, que se consolidará un siglo después con Carnéades, el cual defiende un probabilismo cognoscitivo, a diferencia de los escépticos anteriores. Según Carnéades, hay un criterio para llegar a la *verosimilitud*, que no es verdad propiamente dicha, pero sí algo cercano a ella, algo así como una verdad subjetiva. La verosimilitud debe cumplir ciertas condiciones, como la probabilidad o el carácter no desconcertante de lo aprehendido. El probabilismo, criticado por los pirrónicos, saca del estancamiento de la duda permanente o suspensión del juicio. De ahí que Brochard, estudioso del escepticismo antiguo, considere que los escépticos académicos son los precursores de la ciencia moderna. En general, esta forma de escepticismo concede una importancia a la cuestión cognoscitiva que no encontramos en la primera, centrada sobre todo en lo práctico o moral.

El triunfo del escepticismo comienza en el Renacimiento, impulsado por la nueva visión antropocéntrica, el problema religioso de la Reforma y el prestigio de Montaigne. Erasmo, por ejemplo, utilizará argumentos pirrónicos para defender el catolicismo, y lo mismo Montaigne. En los siglos xvi y xvii, ya no inmerso en la querella religiosa, hay que destacar a Francisco Sánchez, escéptico académico. En su libro: *Que nada se sabe* critica a Aristóteles y da otra vuelta de tuerca al «sólo se que no se nada» de Sócrates, con su «ni siquiera se si no se nada».

El escepticismo entiende la verdad de manera tan absoluta, que inexorablemente desemboca en la duda permanente o la negación que le caracteriza. Su valor estriba en impedir o dificultar los dogmatismos y en facilitar la visión de los límites cognoscitivos, tan importantes para que los humanos podamos situarnos adecuadamente en el mundo. A diferencia de los meros animales, necesitamos la verdad para sobrevivir y vivir: una verdad que no deje de buscarse, porque tan cierto como que podemos acceder realmente a ella, es que únicamente lo hacemos limitadamente.

E. M. Cioran (1911-1995), filósofo rumano que vivió la mayor parte de su vida en París y publicó en francés a partir de 1947, es sin duda un pensador escéptico y con dudas nihilista y pesimista, porque esto último ha sido negado por él. Su primer libro, publicado en Rumanía en 1934, tiene como título: *En las cimas de la desesperación*. En él, nos dirá años después, está ya todo su pensamiento. No sería exagerado afirmar que su obra nace de la pura desesperación; en Cioran no hay, como por ejemplo en Nietzsche, un proyecto de superación tras la negación, en forma de «superhombre» o de «transvaloración» de todos los valores, sólo encontramos un reiterado «*no*» a la vida, tan plenamente sincero

como fiel. Sin embargo, leerlo produce frecuentemente un efecto catártico. Él mismo nos ha relatado alguna anécdota al respecto: lectores que le expresaron su agradecimiento porque la lectura les había resultado terapéutica. Es preciso advertir que Cioran padeció insomnio, que *En las cimas de la desesperación* nació de las «noches blancas» en las que deambulaba por Sibiu, en Transilvania, como un grito de dolor. Su padecimiento no es ajeno a su filosofía: no podría serlo. En cualquier caso, nunca se alejó intelectualmente de su primera obra.

Los libros de Cioran nacen de su malestar: son escritos llenos de pasión y constituyen una verdadera biografía, precisamente porque en ellos no hay distancia entre autor y texto. *En el fondo*, Cioran escribe siempre el mismo libro. Destacamos tres: Además de *En las cimas de la desesperación*, *La caída en el tiempo* –escrito en francés y publicado en 1964– y *Conversaciones*, una recopilación de entrevistas con la que la editorial Gallimard quiso homenajear al filósofo tras su muerte en 1995. *Conversaciones* nos proporciona importantes datos sobre la vida de Cioran, además de sobre su obra y pensamiento. Incluye un diálogo con Fernando Savater y se extiende entre los años 1970 y 1994. En este libro está todo Cioran en fondo y forma: la descarnada sinceridad y las frases lapidarias o aforísticas, que tanto le caracterizan. *La caída en el tiempo* es central para comprender su escepticismo, especialmente la parte titulada: «El escéptico y el bárbaro» (pp. 55-74). En cuanto a su primer libro, de él dice en *Conversaciones*, que es «el más filosófico» de todos (p. 14).

En *Conversaciones*, Cioran declara que su infancia fue «inauditamente feliz» (p. 18) y que dicha felicidad se arruinó para siempre cuando sus padres decidieron que se trasladara a la ciudad para estudiar en el liceo. Conservará de Rasinari –su lugar de nacimiento– el recuerdo de un paraíso perdido, y los años no le harán olvidar la profunda desesperación que sintió cuando se alejaba de él para estudiar en Sibiu. Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Bucarest, de 1928 a 1932, pero se desmarcó pronto de todo lo académico, hasta el punto de declarar que «la filosofía no es en absoluto un objeto de estudio, sino algo personalmente vivido, una experiencia personal» (p. 199). Aunque obtiene una beca en 1937 para realizar la tesis en París, Cioran no la escribirá ni seguirá la carrera universitaria, lo cual afirma que fue una suerte. Escribir es la única «profesión» que conocemos de él, pues intentó no tener un trabajo y la escritura le servía de terapia contra el insomnio y sus consecuencias. No ser útil ni utilizable fue su consigna, y estuvo muy cerca de realizarla.

Si tuviéramos que nombrar al primer «enemigo» de Cioran, contra el cual van dirigidos la mayor parte de sus dardos, no dudaríamos: el tiempo y, con él, la historia. El título de la obra ya citada –*La caída en el tiempo*– muestra de manera clara el carácter trágico de la temporalidad, de la vida en definitiva. De *Conversaciones* son frases tan significativas como las siguientes: «[...] la historia es el *antídoto* de la utopía» (p. 23), «Es imposible meditar sobre la historia sin sentir hacia ella una especie de horror» (p. 95), «[...] la vida sólo es soportable si no somos conscientes de cada momento que pasa» (p. 230). Unido a ese enemigo está el tedio, que confiesa haber experimentado ya en su niñez; en él, la temporalidad se vuelve exterior, se ve pasar el tiempo como desligado de uno mismo. Precisamente la última parte de *La caída en el tiempo* lleva por título: «Caer del tiempo». No es extraño que Cioran aprecie muy especialmente esa parte; en ella podemos ver descrito en primera persona el tedio, junto con la vivencia de la temporalidad del filósofo. Frente a lo que acontece a la generalidad –caer en el tiempo–, él declara haberse caído del tiempo, caída que representa una «eternidad negativa», una «eternidad *mala*» (p. 160), a diferencia de la eternidad que se erige por encima del tiempo. Caerse del tiempo significa una segunda caída; es decir caer *más*. La desolación que entraña lleva a considerar la primera caída –la vida, la historia– como un segundo paraíso, al que el doblemente caído volvería si pudiera. En estas últimas páginas del libro hay una expresa crítica a Nietzsche, en el que Cioran parece ver representada la segunda caída por abuso de voluntad. Pero también parece querer decirnos que comprender a fondo esa desmesura es caer por segunda vez: ahora en el abatimiento más completo. Sería su caso. Sólo «viven» los que quieren «lo justo»: sin exceso ni defecto.

Cioran es un escéptico; aunque se resiste a las etiquetas, en algunos casos lo ha admitido. Su escepticismo es más pirrónico que académico, pero ni siquiera es propiamente tal. Podríamos calificarlo de existencial o antropológico; en él difícilmente encontraría un lugar la ataraxia como finalidad porque su crítica roe las raíces mismas de la vida, no meramente las del conocimiento, sin permitir alivio sino sólo resistencia. Casi al final de *En las cimas de la desesperación*. Encontramos un apartado con el título: «¡Qué más da!», en el que podemos comprobar tanto la adhesión del filósofo al lema de Pirrón, como su desesperación, incompatible con la serenidad: «Nada es más que otra cosa... Sed como un copo de nieve bamboleado por el viento o como una flor arrastrada por las olas» (p. 191).

Como dijimos, es sobre todo en «El escéptico y el bárbaro» donde Cioran expone su postura escéptica. Muestra admiración por el escepticismo antiguo que, según él, tuvo una dignidad que nunca más recuperaría: ni con Montaigne, ni con Hume. Distingue duda y negación: la duda no es elegida, sino que como «una calamidad» caemos en ella; la negación, en cambio, es una «duda impura», «agresiva». Claramente, según lo expuesto al principio de este escrito, Cioran se decanta por el pirronismo y critica a los académicos. De hecho, afirma que *sólo* Pirrón *se acercó* a la duda *de verdad*. Después de analizar la duda y mostrar el antivitalismo que entraña, hace un ejercicio de filosofía de la historia, en el que enfrenta al escéptico y al bárbaro: éste, a diferencia de aquél, afirma y niega, por lo que significa el vigor, la vitalidad y el futuro, en tanto que el escéptico está consumido por la duda. Toda civilización comienza en la barbarie y termina en la duda «según un ritmo inexorable». En esta interesantísima parte de *La caída en el tiempo*, podemos comprobar, una vez más, tanto la cercanía de Cioran al pirronismo como su exacerbación, que le conduce a un estadio escéptico más desgarrado, sin el consuelo moral de la serenidad.

La charlatanería: ¿el escepticismo de hoy?

El escepticismo, tanto el de Pirrón y los pirrónicos como el de la Nueva Academia, implica no poca desmesura: la de entender que el conocimiento o es absoluto o no es conocimiento. Que el objeto sea relativo a un sujeto o a otros objetos y, en consecuencia, sea susceptible de distintas perspectivas, hace que la verdad sea relativa, lo cual resultaría contradictorio. En definitiva, el escepticismo funciona a nivel de *todo o nada*, a un nivel que no es el humano. Cioran, al entender que el hombre ha empezado mal porque su principio es la caída en el tiempo, se sitúa también en un nivel extra-humano, desde el cual expone la tragedia de la existencia temporal. Sin embargo, en esas desmesuras se revela una innegable realidad: el límite nos constituye y, de una u otra manera, nos atormenta porque somos capaces de pensar y querer lo sin-límite. La meta de la serenidad, en medio de unas circunstancias adversas y de una constitución interna trágica, el hallazgo de la verosimilitud como orientación en el mundo, o la buena gestión del mal, hasta su transformación en fortaleza y bien, como en el caso de Cioran, más allá de sus desesperados textos, hacen admirables a estos escépticos. Hoy, sumidos en una crisis innegable, ¿somos escépticos? ¿Cómo nos relacionamos con la verdad y con el tiempo?

El filósofo estadounidense Harry Frankfurt publicó en 2005 un breve tratado sobre nuestra relación con la verdad en las sociedades democráticas: *On Bullshit*. Frankfurt se

propone investigar un fenómeno que abunda en nuestra cultura, sin que se le conceda la importancia debida: la charlatanería, la cual ha llegado a sernos tan familiar que ni siquiera nos preguntamos por ella. Ante esta situación, plantea «un análisis filosófico provisional y exploratorio» (p. 10).

En su análisis, Frankfurt tiene muy presente a Wittgenstein. Primero se refiere a la admiración de éste por unos versos del poeta estadounidense Longfellow (1807-1882) y también cita una anécdota de Fania Pascal, que conoció a Wittgenstein. En ambos casos, el filósofo mostraría su exigencia por el cuidado y la objetividad en el decir y su rechazo de ese «excremento» que es la charlatanería. Cuando Fania Pascal, recién operada de amígdalas, le dice a Wittgenstein que está «como un perro al que acaban de atropellar», él responde contrariado que ella no tiene «ni idea de cómo se siente un perro atropellado» (p. 34).

Lo que caracteriza a la charlatanería, según refleja la anécdota, no es la mera falta de corrección, sino el completo desinterés por la verdad. Este desinterés abunda en terrenos tales como el de la política, la publicidad o las conversaciones informales. Además, en nuestras sociedades se nos insta a pronunciarnos sobre cualquier cuestión, lo cual hace que la charlatanería aumente.

El charlatán desvía la atención de lo real hacia sí mismo, en un ejercicio de autocomplacencia o narcisismo. Frankfurt afirma: «Es menos una cuestión de técnica que de arte» (p. 66). Esta circunstancia nos hace pensar si no encontramos aquí la exacerbación de lo que comenzó en el Renacimiento y se asentó en la Modernidad: el giro antropocéntrico. Al convertirnos en «centro del mundo», los humanos podemos llegar a perder la *escucha* que reclama la verdad, el *dejarnos decir*, y arribar a unas condiciones en las que la verdad apenas acontezca por exceso de ruido y falta de silencio. El escéptico cuenta con la verdad y, por consiguiente, con la realidad. También lo hace el mentiroso. El charlatán, en cambio, no le presta ninguna atención. De ahí que Frankfurt señale a la charlatanería como «peor enemigo de la verdad que la mentira» (p. 74). Quizás ese centro que inauguró un nuevo paradigma en la Modernidad deba ser cambiado o deba multiplicarse: cambiado, por ejemplo, por el de «la realidad» de la que Xavier Zubiri nos habla en sus obras; multiplicado, por ejemplo, en esa «Cuaternidad» (cielo, tierra, mortales y divinos) de la que nos habla Martín Heidegger en su última etapa. Porque el hombre ni lo es todo ni está solo.

La prisa con la que hoy vivimos tampoco favorece a la verdad, que requiere justamente lo contrario: la demora. Somos temporales o, como dice Cioran, hemos caído en el tiempo; sin embargo, hoy codiciamos tiempo para llevar a cabo múltiples tareas que en la mayoría de los casos sólo despiertan en nosotros un interés de acumulación, en el que la verdad no puede prosperar. Byung-Chul Han lo expresa así en su libro *El aroma del tiempo*: «La propia verdad es un fenómeno temporal. Es un reflejo de un presente duradero y eterno. El desbocamiento del tiempo, el presente reducido y fugitivo, la perfora» (p. 19). La demora contemplativa y el silencio del que cuenta con la verdad van sin duda juntos. Su cuidado es el nuestro y el del mundo mismo.

Finalmente, éstos son los versos de Longfellow que admiraba Wittgenstein: «En los viejos tiempos del arte / los creadores trabajaban con sumo cuidado / cada elemento, por diminuto e invisible que fuera, / pues los dioses están en todas partes» (p. 29).

Bibliografía

CIORAN, E. M. (1996): *Conversaciones*. Trad. de Carlos Manzano.
— (1999): *En las cimas de la desesperación*. Trad. de Rafael Panizo.
— (1993): *La caída en el tiempo*. Trad. de Carlos Manzano. Barcelona, Tusquets editores.
FRANKFURT, Harry G. (2006): *On Bullshit*. Trad. de Miguel Candel. Barcelona, Paidós.
HAN, Byung-Chul (2015): *El aroma del tiempo*. Trad. de Paula Kuffer. Barcelona, Herder.
SEXTO EMPÍRICO (1993): *Esbozos pirrónicos*. Trad. de A. Gallego Cao y T. Muñoz Diego. Madrid, Gredos.